



Mateo 14, 13-21

Al enterarse, Jesús se marchó de allí en barca, él solo, a un paraje despoblado. Pero la multitud se enteró y le siguió a pie desde los poblados. Jesús desembarcó y, al ver la gran multitud, se compadeció y sanó a los enfermos. Al atardecer los discípulos fueron a decirle:

—El lugar es despoblado y ya es tarde; despide a la multitud para que vayan a las aldeas a comprar algo de comer. [Jesús] les respondió:

—No hace falta que vayan; dadles vosotros de comer. Respondieron:

—Aquí no tenemos más que cinco panes y dos pescados. Él les dijo:

—Traédmelos. Después mandó a la multitud sentarse en la hierba, tomó los cinco panes y los dos pescados, alzó la vista al cielo, dio gracias, partió el pan y se lo dio a sus discípulos; ellos se lo dieron a la multitud. Comieron todos, quedaron satisfechos, recogieron las sobras y llenaron doce cestos. Los que comieron eran cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños.

GUÍA PARA ACOGER EL EVANGELIO

Mateo 14, 13-21

"Dadles vosotros de comer"

No se trata de analizar el texto ni de buscar una enseñanza para los demás. Se trata de **dejar que el Evangelio nos lea a nosotros**, permitiendo que el Espíritu nos revele lo que hoy quiere despertar en nuestro corazón.

Dedica unos momentos al silencio. Respira serenamente. Pide al Señor la gracia de escuchar con un corazón abierto.

1. Detenerse para acoger el Evangelio

Leo el texto lentamente, sin prisas.

No intento comprenderlo todo. Lo escucho como si fuera la primera vez.

Dejo que las escenas pasen por mi interior.

Observo a Jesús.

Observo a los discípulos.

Observo a la multitud.

Y me pregunto:

- ¿Qué escena me atrae más?
- ¿Qué palabra o frase resuena con más fuerza en mí?



- ¿Con qué personaje me identifico espontáneamente?
- ¿Qué aspecto del relato me resulta más significativo?

Permanezco unos instantes saboreando aquello que más ha llamado mi atención.

2. Reconocer las reacciones interiores

Ahora dirijo la mirada hacia mi interior.

No analizo. Simplemente observo lo que sucede en mí.

Me pregunto:

- ¿Qué sentimientos despierta este Evangelio?
- ¿Qué me conmueve?
- ¿Qué me incomoda o me cuestiona?
- ¿Qué resistencias aparecen?
- ¿Qué experiencias de mi vida vienen espontáneamente a mi memoria?
- ¿Qué situación concreta de mi realidad se hace presente mientras escucho este Evangelio?

Acojo todo lo que aparece sin juzgarlo.

Todo puede ser un lugar donde Dios quiera encontrarse conmigo.

3. Descubrir hacia dónde me conducen esos movimientos

Escucho ahora la dirección de esos sentimientos.

No todos los movimientos interiores vienen del mismo lugar.

Me pregunto con sinceridad:

- ¿Qué está despertando el Señor en mí?
- ¿Qué actitud descubro que necesito revisar?
- ¿Me parezco más a Jesús o a los discípulos?
- ¿En qué momentos suelo "despedir" a las personas porque pienso que su problema no es mío?
- ¿Qué "hambres" descubro hoy a mi alrededor?
- ¿Qué pequeños panes y peces tengo que quizá todavía no estoy compartiendo?

Observo si estos movimientos me llevan hacia una mayor confianza, disponibilidad, libertad y amor, o si, por el contrario, me encierran en el miedo, la indiferencia o la comodidad.

4. Escuchar la llamada del Señor

Vuelvo a contemplar a Jesús.

Escucho cómo hoy pronuncia para mí aquellas mismas palabras:

"Dadles vosotros de comer."

Las dejo resonar lentamente.

Después me pregunto:



- ¿Qué me está pidiendo hoy el Señor?
- ¿A quién me invita a mirar con más compasión?
- ¿Qué paso concreto me anima a dar?
- ¿Qué puedo ofrecer, aunque me parezca poco?
- ¿Dónde me llama a pasar de la indiferencia al compromiso?
- ¿Qué necesita cambiar en mi manera de vivir la Eucaristía para que se prolongue en la vida?

Permanezco unos momentos escuchando en silencio.

5. Responder desde el corazón

Hablo ahora con Jesús con toda sencillez.

Le cuento lo que he descubierto.

Le expreso mis deseos, mis miedos, mis límites y también mi esperanza.

Puedo terminar diciendo, con mis propias palabras o con esta oración:

Señor Jesús,

Tú no pasaste de largo ante el sufrimiento de las personas.

Enséñame a mirar como Tú miras.

Libérame de la indiferencia,

del cálculo

y de las excusas.

Hazme descubrir que también mis pequeños panes y mis pobres peces
pueden convertirse en alimento

cuando los pongo en tus manos.

Que cada Eucaristía transforme mi corazón

para que también yo pueda ser

pan compartido,

consuelo para quien sufre

y signo de tu amor

allí donde vivo.

Amén.

Para llevar a la vida

Antes de terminar este tiempo de oración, me pregunto:

¿Qué gesto concreto de compasión voy a realizar hoy para que alguien pueda experimentar, a través de mí, el amor de Jesús?

No busco algo extraordinario.

El Reino de Dios comienza, muchas veces, con **cinco panes, dos peces... y un corazón dispuesto a compartirlos.**